

La Guerra Fría Chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita

Carlos Huneeus

The Chilean Cold War: Gabriel González Videla and the Ley Maldita

A Guerra Fria Chilena: Gabriel González Videla e a Lei Maldita

Santiago, Debate, 2009, 404 páginas
ISBN 978-956-8410-26-1

RESEÑA

Alfonso Salgado

Columbia University,
Nueva York, Estados
Unidos

as3918@columbia.edu

DOI

10.3232/RHI.2011.
V4.N2.09

La Guerra Fría Chilena es un documentado estudio de la política anticomunista de Gabriel González Videla, presidente de Chile entre 1946 y 1952. Carlos Huneeus, politólogo que anteriormente había dedicado sus energías a estudiar regímenes militares y transiciones democráticas ocurridas en períodos más recientes, se acerca ahora a este fenómeno histórico interesado, como está, en indagar las consecuencias de dicha política en la calidad de la democracia chilena. Huneeus argumenta que la cruzada anticomunista del presidente radical González Videla tuvo un efecto altamente negativo en el desarrollo de la institucionalidad democrática. Más aún, sostiene que los orígenes de los factores que llevaron al quiebre de la democracia en 1973 no deben datarse en los turbulentos años sesenta, como los especialistas acostumbran hacerlo, sino en 1947, cuando el gobierno de González Videla le declaró la guerra al comunismo. Según Huneeus, la guerra contra el comunismo desestabilizó el sistema de partidos, debilitando a las principales tiendas políticas; contagió a los católicos y a los militares, dividiendo a los primeros y llevando a los segundos a intervenir en política; e impidió el normal desarrollo del movimiento sindical, tornando las reivindicaciones laborales en una cuestión de seguridad interna. Al mismo tiempo, el clima anticomunista relegó a un segundo plano problemas estructurales del campo chileno que terminaron por hacer crisis en las décadas siguientes.

Conceptual y metodológicamente, la investigación del profesor Huneeus es una contribución valiosa al conocimiento de un período aún poco estudiado de la historia chilena y, como tal, debe ser bienvenida por los historiadores iberoamericanos, aun cuando el autor se esfuerce en distanciarse de este gremio y, siguiendo a Dankwart Rustow, recalque, algo presuntuosamente, que la historia “es un tópico demasiado importante para ser dejado exclusivamente a los historiadores” (p. 9). Cientista político formado en Alemania, Huneeus desmenuza las aristas más eminentemente políticas del conflicto. El suyo es un estudio de caso que, si bien recurre a la historia, pretende dialogar con la politología. Su énfasis en la institucionalidad democrática, propio del paradigma disciplinar desde el cual escribe, es novedoso sin ser por ello ajeno a las inquietudes intelectuales de los historiadores, viéndose en este caso enriquecido por su

tratamiento del rol jugado por el liderazgo presidencial en un sistema democrático. Para demostrar su argumento y testear la pertinencia de los conceptos que utiliza, Huneeus reúne un voluminoso corpus documental. Su reconstrucción empírica no tiene nada que extrañarle a la de los mejores practicantes de la disciplina histórica. Hace buen uso de los fondos ministeriales, complementa el relato con información de prensa, precisa ciertos datos en base a entrevistas; se excede, sí, al documentar el debate parlamentario con demasiada minuciosidad. El texto se nutre, además, de los informes del embajador británico, quien ofrece una mirada distante pero sin duda iluminadora.

Los primeros capítulos del libro examinan los orígenes del conflicto entre González Videla y los comunistas chilenos. Nos presentan a un presidente que, desde el principio, encabezó un gobierno minoritario, situación que lo llevó a buscar aliados a diestra y siniestra. A un año de haber alcanzado la primera magistratura gracias al pacto entre su partido, el Radical, y el Comunista, González Videla, de carácter tan impulsivo como poco experimentado en materias administrativas, decidió romper con sus socios originales y tenderle el brazo a la derecha, la cual sin embargo sólo le dio la mano a regañadientes. Los constantes desacuerdos con sus ministros y la crisis económica de la posguerra lo llevaron a depender cada vez más de medidas que podrían tildarse de autoritarias, delegados militares incluidos. Huneeus, que apunta cuidadosamente cada una de las leyes de facultades extraordinarias promulgadas en el período, hace bien al datar el inicio de la embestida contra el comunismo en 1947, un año antes de que tomara cuerpo la draconiana Ley de Defensa de la Democracia. También acierta al subrayar la importancia de los factores locales por sobre los internacionales en el giro de González Videla, distanciándose del discurso de los traicionados comunistas y de interpretaciones aún hoy canónicas. Aunque algunos comentaristas le han criticado el haber desestimado la importancia de la presión norteamericana demasiado a la ligera, sin consultar siquiera toda la documentación pertinente, un estudio reciente, que revisa los papeles de la embajada norteamericana, parece confirmar la intuición de Huneeus.

Los capítulos siguientes analizan la aprobación, aplicación y posterior derogación de la Ley 8,987, de Defensa de la Democracia, conocida popularmente como “Ley Maldita.” En lo que dice relación con la aprobación, el libro refiere con detalle los varios proyectos y la acalorada discusión parlamentaria, mostrando cómo el tema dividió a democráticos, socialistas, conservadores e, incluso, radicales. Se trató, en el decir de Salvador Allende, de una verdadera “bomba atómica.” La ley resultante, que en lo sustancial declaró al Partido Comunista “asociación ilícita” por considerarle contrario a la democracia, impuso drásticas sanciones contra comunistas confesos y presuntos. Ahora bien, como nota Huneeus, las medidas también afectaron a alguno que otro socialista, falangista y opositor en general. Su significación tampoco se redujo a lo estrictamente político, puesto que obstaculizó la organización sindical y, en la práctica, criminalizó las huelgas. Implicó, en efecto, modificar una serie de normativas de vital importancia, como lo eran la Ley de Seguridad Interior del Estado y el Código del Trabajo. Aquí, Huneeus podría quizás haberse detenido también en la discusión pública posterior a la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia, pues González Videla se vio obligado a defender las alteraciones del sistema sindical en su discurso presidencial del 21 de mayo de 1949.

De manera más breve, en lo que se refiere a la aplicación de la referida ley, el libro aborda la difícil implementación de sus medidas más polémicas, a saber, la masiva eliminación

de los votantes comunistas de los registros electorales, la expulsión de los comunistas de la administración pública y la desafiliación sindical de los líderes comunistas. Huneeus recalca el accionar conjunto de militares y ministros en la aplicación de estas medidas, siempre bajo la impaciente mirada del presidente. Destina también algunas páginas a reconstruir los pormenores de la relegación de activistas en localidades rurales. El penúltimo capítulo analiza la derogación de la legislación a fines de los años 50. Si bien su inclusión puede parecer algo forzada en un libro sobre los orígenes de la Guerra Fría, se trata de un apartado que no deja de ser sugerente. En él, Huneeus demuestra que, no obstante se logró derogar la Ley de Defensa de la Democracia, parte de su espíritu y de su articulado se conservaron en la nueva Ley de Seguridad Interior del Estado, la cual continuó restringiendo severamente las actividades huelguísticas.

La Guerra Fría Chilena concluye retomando los planteamientos esgrimidos en las páginas iniciales. Nos ofrece, entonces, la posibilidad de sopesar los argumentos vertidos a lo largo del texto y justipreciar la obra en su conjunto. El libro es, en su mayor parte, convincente. La cruzada anticomunista de González Videla, efectivamente tuvo consecuencias impensadas en prácticamente todas las colectividades políticas, desestabilizando el sistema. Como bien nota el autor, el Partido Radical, que hasta entonces era el más poderoso del país, declinó abruptamente hasta casi desaparecer en unos pocos años. Incluso la derecha debió sufrir la división interna y el castigo del electorado. La izquierda, en cambio, terminó por forjar una coalición unitaria que, en lo sustancial, fue la base del gobierno de la Unidad Popular. Aunque su análisis de las consecuencias es sólido, Huneeus exagera un poco en su intento por persuadir al lector. El Partido Radical, huelga recordar, ya mostraba signos de decadencia, como la misma votación con que González Videla llegó a la presidencia lo demuestra. Además, fueron muchas las leyes que dividieron a la clase política chilena de mediados del siglo veinte. Aunque en su momento diputados y senadores subrayaron la importancia de esta ley en el porvenir de la democracia chilena, como Huneeus no deja de recordarnos a lo largo del libro, la grandilocuencia parlamentaria puede llevar a engaño.

Por otro lado, por mucho que el anticomunismo ayude a explicar la postura beligerante de la derecha y de los militares en las décadas siguientes, éste no nació con el gobierno de González Videla. La persecución contra el comunismo debe enmarcarse en una historia de más larga duración. No hay que olvidar que el gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo en el período entreguerras golpeó duro tanto a sindicalistas como a comunistas. Al mismo tiempo, la influencia del discurso anticomunista del gobierno de González Videla no debe sobreestimarse. Como reconoce el mismo Huneeus, este discurso no logró generar un ambiente propicio para la denuncia. A esto agregaría que esta variante del discurso anticomunista fue sólo una de las tantas fuentes retóricas de las cuales bebieron los militares post 1973. Ahora bien, la principal falencia de *La Guerra Fría Chilena* en el análisis del clima comunista y su influencia entre los militares radica en que se esboza un argumento que no se esfuerza en probar. Huneeus sostiene, desde el principio, que la mayoría de los generales y coroneles que ocuparon cargos en el régimen militar de Augusto Pinochet participaron en labores de represión durante el gobierno de González Videla, argumento que retoma en la conclusión. Se trata de una idea interesante, probablemente acertada, pero a lo largo del texto no se destina ninguna página a probarla. El lector debe entonces confiar en que el autor efectivamente cruzó las listas de la plana mayor

de las Fuerzas Armadas en ambos períodos. A modo de consuelo, éste nos ofrece un par de frases de Pinochet sobre su trabajo en el centro de detención de Pisagua durante el gobierno de González Videla, tomadas de su archicitado y no del todo confiable *Camino Recorrido*.

No obstante sus innumerables méritos, *La Guerra Fría Chilena* flaquea cuando debiera golpear más fuerte, esto es, al contrastar los planteamientos hasta aquí reseñados con las interpretaciones prevalecientes sobre el quiebre de la democracia chilena. Según Huneeus, González Videla no sólo debilitó la democracia, sino combatió a los comunistas en vez de preocuparse de extender los derechos cívicos a los campesinos y solucionar el estancamiento económico. “En consecuencia, la intensidad del conflicto político y social en los años 60, por la reforma agraria y la sindicalización campesina impulsada por el gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva (PDC) (1964-1970), no puede ser considerado como la *causa* de los problemas posteriores del sistema político, sino como la *consecuencia* del debilitamiento de la democracia y la negativa a impulsar la modernización del campo por los gobiernos anteriores, especialmente el de González Videla” (p. 369). Huneeus pone de cabeza el argumento con que la comunidad politológica ha pretendido culpabilizar a Frei por la posterior inestabilidad de la Unidad Popular y la intervención militar de 1973. El autor no sólo parte del discutible supuesto de que “los Presidentes también deben ser evaluados por las decisiones que dejan de adoptar” (p. 369), lo que nos lleva a preguntarnos por qué los antecesores de González Videla no son también responsabilizados, sino que espera que creamos que Frei habría estado obligado a tomar las medidas que precisamente adoptó. Olvida, en última instancia, que éste último fue tan producto de la Guerra Fría como lo fueron Allende y Pinochet.

González Videla creía que para combatir al comunismo había que combatir a los comunistas. Frei creía que para combatir el “problema comunista” —un término cuya pertinencia el autor defiende— había que combatir la pobreza, especialmente la pobreza rural. A fines de los cuarenta, el falangista Radomiro Tomic y el conservador socialcristiano Eduardo Cruz Coke defendieron esta postura en el parlamento. Medio siglo y una década después, Huneeus, académico ligado a la Democracia Cristiana, se hace eco del discurso de sus antepasados ideológicos, a los cuales cita en extenso. El lector debe colegir que González Videla pudo haber solucionado el “problema comunista” de un “paraguazo”. Bastaba con que hubiera permitido la sindicalización campesina y emprendido reformas en la estructura de la propiedad agrícola. Frei lo intentó, pero ya era demasiado tarde. Los democratacristianos, sin embargo, estuvieron siempre en lo correcto: traían consigo la fórmula mágica para terminar con la Guerra Fría. Fue sólo una cuestión de “timing.” Huneeus peca aquí, precisamente, de lo que algunos cientistas políticos acusan a la DC de aquellos años, “mesianismo ideológico”, un factor que ayuda bastante a explicar, quizás inclusive más que la ebullición campesina, la tragedia chilena.

En resumen, *La Guerra Fría Chilena* es un acabado y sugerente estudio de la política anticomunista de González Videla. No se limita a analizar los orígenes de la Guerra Fría en Chile sino pretende además desafiar una de las interpretaciones más extendidas sobre el posterior quiebre de la democracia chilena. Para pesar de su autor, sin embargo, funciona mejor como reconstrucción histórica de 1947 que como explicación politológica de 1973.